

Pandemia, crisis sistémica y nueva normalidad neoliberal

Juan M. Agulles Martos¹

Recibido: 30-03-2021 // Aceptado: 17-05-2023

Resumen. La pandemia debida a la extensión de la COVID-19 puede interpretarse como una consecuencia del proceso de acumulación de capital y la crisis sistémica que reproduce mediante su extensión geográfica. El presente trabajo tiene como objetivo abordar la relación de esa crisis permanente con el desarrollo y culminación de un modo de producción histórico. Se discuten, en primer lugar, los estudios que ligan la aparición de nuevas epidemias a los desequilibrios socioecológicos causados por la expansión del capitalismo. A continuación se analiza cómo la gestión política de la pandemia, sostenida en una retórica bélica, de “lucha contra el virus”, pudo enmascarar la violencia intrínseca de las políticas neoliberales que siguieron aplicándose durante y después de la pandemia. Finalmente, se exploran las tendencias de la “nueva normalidad neoliberal” y los escenarios de polarización social, profundización de las desigualdades y control institucional que pueden ir sucediéndose en la medida en que la sociedad global capitalista adopte las lecciones aprendidas durante la pandemia como forma de gestión política de su declive histórico. Se concluye que las implicaciones a largo plazo de la pandemia exigen una mirada crítica que vaya más allá de la finalización de la emergencia sanitaria y conciba este episodio de nuestra historia más reciente como un aspecto de la culminación de la ecología-mundo capitalista.

Palabras clave: COVID-19; crisis sistémica; neoliberalismo; ecología-mundo.

[en] Pandemic, systemic crisis and new neoliberal normality

Abstract. The pandemic due to the spread of COVID-19 can be interpreted as a consequence of the process of capital accumulation and the systemic crisis it reproduces through its geographical spread. This paper aims to address the relationship of this permanent crisis with the development and culmination of a historical mode of production. It first discusses studies that link the emergence of new epidemics to the socio-ecological imbalances caused by the expansion of capitalism. It then analyses how the political management of the current pandemic, sustained by a warlike rhetoric of “fighting the virus”, could mask the intrinsic violence of the neoliberal policies that continued to be implemented during and after the pandemic. Finally, it explores the trends of the “new neoliberal normality” and the scenarios of social polarisation, deepening inequalities and institutional control that may follow as global capitalist society adopts the lessons learned during the pandemic as a form of political management of its historical decline. It concludes that the long-term implications of the pandemic demand a critical view that goes beyond the end of the health emergency and conceives of this episode in our recent history as an aspect of the culmination of the capitalist world-ecology.

Keywords: COVID-19; systemic crisis; neoliberalism; world-ecology.

Sumario. 1. Introducción. 2. ¿En la encrucijada de diversas crisis? 3. Una pandemia política. 4. Nueva normalidad neoliberal. 5. Conclusiones. 6. Bibliografía.

Como citar: Agulles Martos, J. M. (2023). Pandemia, crisis sistémica y nueva normalidad neoliberal. *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 84417. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.75258>

1. Introducción

Las consecuencias sociales y políticas a largo plazo de la pandemia mundial causada por la COVID-19 nos muestran que, como algunos autores han sostenido, estamos ante un “hecho social total” que requiere de un esfuerzo de comprensión más allá de la pasada emergencia sanitaria. Como ha recordado Santos (2021), la imposición del neoliberalismo como versión dominante del capitalismo global, desde los años ochenta del pasado siglo, nos ha situado en una situación en la que “el mundo vive en un estado de crisis permanente” (p. 83). Por ello, la crisis debida a la COVID-19 no se podría interpretar exclusivamente desde el marco de la emergencia

¹ Universidad de La Rioja (España).
ORCID: 0000-0002-1658-8537
E-mail: juan-manuel.agulles@unirioja.es

sanitaria, sino que cabría abordar su relación con un contexto socioeconómico que, al mismo tiempo que ha contribuido a generar las condiciones para el surgimiento de la pandemia, orientó las medidas adoptadas para paliar sus consecuencias sociales, económicas y políticas desde el marco hegemónico neoliberal.

El presente trabajo tiene como objetivo abordar la relación de esa crisis permanente con el desarrollo y culminación de un modo de producción histórico que en nuestros días se encuentra ante diversas encrucijadas y amenazas de colapso que se revelan como variaciones de una misma crisis sistémica.

Esta situación, como trataré de demostrar, no tiene sus orígenes exclusivamente en la aplicación, desde hace cuarenta años, de las políticas económicas neoliberales, sino en las bases materiales del modo de producción capitalista.

Como ha señalado Hornborg (2009, p. 238), la división académica entre ciencias sociales y ciencias naturales ha propiciado que desde las ciencias sociales se hayan ignorado, a menudo, los aspectos materiales de la sociedad global y que, al mismo tiempo, desde las ciencias naturales nos encontremos con una comprensión limitada del funcionamiento de la sociedad. Una mirada relacional y dialéctica sobre los procesos socioecológicos, como la sostenida por Harvey (2018), se hace pues indispensable para comprender las formas de producción de la realidad social que, en tiempos de pandemia, revelaron las profundas contradicciones del modelo.

El despliegue, producido durante los últimos dos siglos, de lo que Malm (2020a) ha denominado “capital fósil” está en el origen de esta crisis sistémica en la que la sociedad global se adentra a gran velocidad, impulsada hoy por las consecuencias de la expansión de la pandemia y sostenida ideológicamente por una “teología política neoliberal” (Villacañas, 2020), cuyas propuestas de salvación se orientan hacia una disolución definitiva de los lazos comunitarios, la gestión mercantil de todos los aspectos de la existencia, la digitalización forzosa de las relaciones sociales, el refuerzo de los rasgos autoritarios y el control de las poblaciones por parte de los Estados y, en definitiva, un nuevo ajuste estructural pandémico que está llevando la idea de la “destrucción creativa” a una escala inédita.

Los avances en la degradación del tejido social y la reducción de la existencia a una mera reproducción biológica funcional a la acumulación de capital forman parte de un proceso histórico que ha sometido al conjunto de la humanidad a los dictados de la producción industrial y las economías de mercado. Este proceso de “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004) ha requerido de cuotas de violencia cada vez mayores para gestionar lo que inevitablemente tiende al desequilibrio y la crisis, para asegurar el gobierno de una situación que tiende al desorden, a la recaída constante en la miseria para la gran mayoría y a la sobreproducción de nocividades que constantemente amenazan con paralizar el propio ciclo de reproducción de capital y que, en muchos casos, han alterado los ciclos de la biosfera (Naredo, 2010).

La explicación que describe la pandemia como un fenómeno externo al modo de producción capitalista, que habría irrumpido para perturbar la normalidad de las relaciones sociales, no resiste un análisis dialéctico. Lo que ya podemos denominar “vieja normalidad” distaba mucho de ser normal para la mayor parte de la humanidad sometida a sus designios. Ni siquiera era normal en los propios términos manejados por las doctrinas económicas dominantes. La tendencia histórica en el desarrollo de las sociedades industriales viene desplegando una dinámica paradójica que anida en el núcleo íntimo de su existencia: no están orientadas a la satisfacción de las necesidades humanas, sino que obtienen sus beneficios mediante la creación de una escasez artificial de aquellos recursos que las satisfacen (Polanyi, 2011; Wood, 2018). Las economías llamadas “de mercado”, por ello, acumulan cada vez más evidencias de ser fundamentalmente contraproductivas; es decir, aquello que necesitan destruir para generar un margen de ganancia suficiente es tanto que esa destrucción acaba por minar las bases de su propio crecimiento.

El mismo término “productividad”, como sostuvo el malogrado David Graeber (2018), tiene raíces profundamente teológicas derivadas de la idea de la omnipotencia divina, capaz de crear un mundo *ex nihilo*. Pero la actividad humana, como cualquier actividad natural, no *produce* nada, sino que recombina lo que ya existe dentro de un ecosistema limitado y lo transforma mediante su actividad organizada socialmente. Y es una determinada forma histórica de organización socioecológica la que tuvo que afrontar, con la expansión de la pandemia, una de las consecuencias del proceso histórico guiado por la incesante acumulación de capital (Wallerstein, 2004).

En cualquier lugar donde la producción industrial quiera extraer una tasa de beneficio suficiente para incentivar un nuevo crecimiento se constata que cada vez es más necesario el recurso de la fuerza y la destrucción de las condiciones de vida de la mayoría. Son las expulsiones y la brutalidad (Sassen, 2015) aquello que impulsa la dinámica de acumulación de capital, no la inclusión de los sectores de población marginados del proceso y el progreso de las sociedades humanas.

El capitalismo ya no se puede permitir el lujo de coexistir con otros modos de producción y aprovechar las ganancias derivadas de un comercio asimétrico para incrementar su expansión mientras aumentan los niveles de vida de algunos grupos sociales —tanto en las naciones impulsoras de la dinámica de acumulación como en aquellas que son colonizadas y atraídas a la órbita del comercio internacional—, como sucedió en los inicios de su despegue (Wolf, 2014). Una vez culminada su integración a escala planetaria, la sociedad global vive en guerra permanente consigo misma. Tanto es así que la respuesta a la pandemia se parece cada vez más a la agudización de una enfermedad autoinmune. El orden social, con tal de mantenerse intacto, es capaz de destruir

una parte importante de sus fundamentos, inaugurando, en el ámbito de la política y de la llamada gobernanza, un periodo de excepción tan extendido que es prácticamente indistinguible de la norma (Agamben, 2010).

En este sentido, la crisis desatada por la pandemia no ha hecho más que acelerar el proceso implorivo del “capitalismo terminal” minuciosamente descrito por Vela (2018). La idea de incorporar al trabajo asalariado y al consumo de masas a la mayor parte de la humanidad, de dar seguridad y protección universales por parte de los Estados, de mantener un crecimiento económico ilimitado —sostenido en el consumo de combustibles fósiles— que no culminase en la confrontación bélica siempre fue irrealizable. Sin un proceso de desposesión constante, el capitalismo no puede reproducirse. Sin la represión, el trabajo forzado, el encarcelamiento de grandes masas “residuales” que no encuentran acomodo en las relaciones salariales, sin el aumento de la miseria y el aislamiento social, sin la explotación constante del tejido social y de los ecosistemas para apropiarse trabajo/energía no remunerado (Moore, 2020), la sociedad industrial tiende al estancamiento y la implosión.

La pandemia, y su gestión bajo la teología política neoliberal, han planteado por enésima vez la necesidad de una transformación radical de las relaciones sociales, pero la naturaleza de esas transformaciones y las herramientas para llevarlas a cabo no pueden ser discutidas sin poner antes en cuestión el modo de producción industrial en su conjunto, tanto en lo referido a sus bases materiales como en lo que atañe a su reproducción simbólica. Una perspectiva cercana a lo que Moore (2020) ha definido como ecología-mundo: “El capitalismo como ecología-mundo es por tanto no la ecología del mundo, sino una historia con patrones de poder, de capital y de naturaleza en unión dialéctica” (p. 23).

El presente trabajo trata de explorar las claves para ese cuestionamiento partiendo, en un primer apartado, del análisis de las diversas encrucijadas y colapsos propiciados por la dinámica de acumulación, bajo la hipótesis de que nos hallamos ante una crisis sistémica y no solo frente a una convergencia de distintas crisis parciales. El segundo apartado abordará la dimensión política de la pandemia, y la forma de naturalizar la organización social y las relaciones de dominación mediante una retórica de la emergencia y de la “guerra contra el virus” que pretende socializar los costes de un modelo orientado a sostener los beneficios de un pequeño número de grandes intereses. Por último, se explorarán las tendencias de la “nueva normalidad neoliberal” y los escenarios de polarización social, profundización de las desigualdades y control institucional que pueden ir sucediéndose en la medida en que la sociedad global capitalista adopte las lecciones aprendidas durante la pandemia como forma de gestión política de su declive histórico.

2. ¿En la encrucijada de diversas crisis?

Desde distintos ámbitos de la investigación científica se ha apuntado que las causas de la extensión de la pandemia se encuentran profundamente enraizadas en un modelo económico y social generador de grandes desequilibrios medioambientales. Barouki *et al.* (2021) han señalado como “el crecimiento de la población y la urbanización, la destrucción del medio ambiente, la globalización del comercio, incluido el de animales vivos, y la ganadería intensiva han incrementado el riesgo de la transmisión zoonótica de distintos patógenos” (p.2). Apuntan, además, que el aumento de la movilidad internacional y los recortes en la sanidad pública han generado una situación propicia para la expansión de la pandemia.

De igual modo, desde el enfoque de la prevención de próximas pandemias, el trabajo de Smiley Evans *et al.* (2021) ha subrayado la necesidad de una “conservación de la naturaleza” y una disminución del impacto ambiental de las actividades humanas para evitar la expansión de nuevos virus y enfermedades.

En un profético artículo, publicado en la revista *Nature*, Bedford *et al.* (2019) advertían de cómo el crecimiento poblacional, la rápida urbanización, la deforestación, la globalización del comercio y los viajes, el cambio climático y la inestabilidad política estaban teniendo “efectos determinantes, difíciles de predecir, sobre las dinámicas de las enfermedades infecciosas” (p. 130). Instaban a superar las barreras de la especialización de la investigación científica para ofrecer respuestas eficaces y en una escala adecuada a las epidemias del siglo XXI.

En su libro *Spillover: Animal Infections and the Next Human Pandemic*, publicado originalmente en 2013, David Quammen trazó la evolución de distintas epidemias, señalando que las actividades humanas y el acaparamiento de recursos naturales, la destrucción de la biodiversidad y la mercantilización de animales salvajes estaban en el origen de epidemias anteriores como las debidas al SARS, el MERS o el Ébola. En “Fuimos nosotros quienes creamos la epidemia de coronavirus”, artículo publicado el 28 de enero de 2020 en el *New York Times* (y que se incluye como epílogo de la traducción al castellano en 2020 de su trabajo de 2013), Quammen insistía en que la pandemia debida al coronavirus no había sido “un suceso novedoso ni fortuito. Fue —y sigue siendo— parte de una serie de decisiones que estamos tomando los humanos” (2020, p. 581).

Desde la investigación científica y epidemiológica se ha venido alertando, al menos durante los últimos quince años, de la posibilidad de un acontecimiento pandémico del tipo que vivimos a partir de marzo de 2020. Y, en muchos casos, se señalaba que la actividad humana y la mercantilización de especies animales, junto con otras variables debidas al crecimiento económico y su impacto medioambiental, estaban en el origen de nuevas epidemias que amenazaban con convertirse en fenómenos globales de implicaciones imprevisibles.

Los impactos medioambientales, la deforestación y la pérdida de biodiversidad, así como el cambio climático y la crisis de recursos energéticos tienen en el proceso de urbanización global uno de sus puntos críticos. Existe una amplia literatura en torno a la urbanización acelerada y el crecimiento de la población urbana en todo el mundo que relata las condiciones precarias en las que esta forma de apropiación del espacio propiciada por el desarrollo capitalista genera graves desequilibrios socioecológicos (Davis, 2007; Smith, 2020).

La relación entre el proceso de urbanización experimentado durante las primeras décadas del siglo XXI y la aparición de nuevas pandemias tiene dos vertientes: por un lado, la urbanización global origina impactos medioambientales que propician la aparición de nuevas enfermedades epidémicas al someter a los ecosistemas a la presión de las actividades humanas; por otro, generan una forma de vida urbana y una movilidad global que aceleran la extensión de los contagios y agravan la sintomatología debido a la calidad del aire que se respira en las grandes concentraciones urbanas y al desigual acceso a las infraestructuras higiénicas básicas y a los servicios de salud pública.

Connolly *et al.* (2020) señalaron que la pandemia se podía entender como un rasgo característico de la urbanización global del siglo XXI, apuntando a las consecuencias de los cambios socioecológicos provocados por el crecimiento urbano y resaltando cómo el incremento de infraestructuras de transporte y movilidad global —fundamentalmente en los desplazamientos aéreos, pero no solo— han generado una vulnerabilidad global a la extensión del contagio. Pero, además, este crecimiento urbano ha extendido una tipología de asentamientos informales, de “ciudades miseria” (Davis, 2007), en las que el acceso al agua potable, el alcantarillado y los servicios básicos de higiene y salud brillan por su ausencia, lo que generaría un impacto de la enfermedad sobre las poblaciones urbanas más pobres que reproduce las pautas del “desarrollo geográfico desigual” descrito por Harvey (2018).

En este sentido, la enfermedad estaría “profundizando las desigualdades sociales existentes en relación a diferencias de clase, discriminaciones raciales, pautas diferenciadas de movilidad, acceso a las infraestructuras sanitarias y capacidad para el autoconfinamiento” (Connolly *et al.*, 2020, p. 215).

Desde el punto de vista de la planificación urbana, Keil (2020) ha señalado cómo la pandemia nos situó no solo ante las consecuencias de la globalización de la vida urbana, sino también ante los límites de la urbanización extensiva y frente a procesos incipientes de “desglobalización, desacoplamiento y refeudalización de los espacios urbanos” (p. 4). El desfase entre el crecimiento acelerado de la urbanización global y los instrumentos de planificación urbana, junto a las políticas de privatización de los servicios públicos, habría generado una vulnerabilidad intrínseca al crecimiento de las ciudades que viene dificultando contener tanto el retorno de viejas enfermedades, como la tuberculosis, como la aparición de otras nuevas como el SARS o la COVID-19.

Lo que se estaría planteando, por tanto, desde distintas áreas de la investigación, es que en la pandemia confluyeron un conjunto de fenómenos que sitúan a la sociedad global capitalista en la encrucijada de diversas crisis: la crisis medioambiental y de recursos, la crisis poblacional y urbana, y la crisis de desigualdad y crecimiento de la pobreza global.

Aun estando de acuerdo con las interacciones señaladas y las evidencias aportadas desde los distintos enfoques mencionados, cabría señalar que en el complejo proceso del metabolismo socioecológico del capitalismo las “causas” y los “efectos” se retroalimentan para generar nuevos problemas, amplificados, que desbordan los enfoques habituales para su comprensión y arrojan muchas dudas sobre las habituales propuestas de mejoras sociales, nuevas regulaciones y reformas técnicas que pretenden mitigar los efectos nocivos del desarrollo económico evitando, al mismo tiempo, cuestionar radicalmente el modo de producción (y de apropiación) industrial.

El peligro de explicar la pandemia como el resultado de la conjunción de diversas crisis parciales, que podrían abordarse desde la planificación, la prevención y la regulación, sería dar por supuesto que el horizonte del cambio social necesario sigue siendo una mejor gestión de la sociedad global capitalista. Muchos de los estudios traídos a colación en este apartado señalaban que son “las actividades humanas” o las “decisiones de los humanos” aquellas que, en última instancia, provocan las diversas crisis que confluyeron en la pandemia. En algunos casos se citaba explícitamente el concepto de Antropoceno para explicar cómo un “nosotros” indiferenciado —la humanidad en la persecución de su progreso— habría ido tomando una serie de nefastas decisiones que la habría traído hasta el borde del abismo (Arias Maldonado, 2018) y la situaron cara a cara con la pandemia como último avatar del naufragio de ese “mismo barco” en el que todos nos encontramos.

Entre otros, Malm (2020a) ha señalado la inconveniencia de utilizar el término Antropoceno como una suerte de ecumenismo de la catástrofe, en el que la abstracción de una “humanidad en riesgo” pretende evadir dos realidades fundamentales: las catástrofes y colapsos, que ya no son riesgos porque *efectivamente han sucedido*, y las diferencias de clase, raza y género que se hacen evidentes en cuanto la crisis sistémica se manifiesta de manera abrupta en algún aspecto de la realidad social. Por ello, “una denominación científicamente más exacta sería [...] la de “Capitaloceno”. No es la geología de la humanidad, sino la de la acumulación de capital” (p. 615).

Las diferencias sociales y las relaciones de dominación no forman parte de un mundo separado de los procesos socioecológicos que llevan tanto al cambio climático como a la aparición de diversas enfermedades y nuevas pandemias. Cuando se pone el énfasis en el impacto ecológico de “la humanidad” o del “capitalismo”,

abundando en la dualidad Sociedad/Naturaleza, es demasiado fácil obviar las formaciones sociales concretas, las divisiones de clase, raza y género y las relaciones de explotación y dominación que el modo de producción industrial genera como condición para la acumulación de capital, creando una ecología-mundo.

Aunque algunos de los estudios comentados aquí señalaban la desigual repercusión de la COVID-19 en función de unas desigualdades sociales preexistentes, la mayoría se deslizaba hacia una explicación del origen socioeconómico de la pandemia que, al mismo tiempo, naturalizaba las condiciones sociales previas sobre las que esta influía. Por todo ello se puede señalar que la globalización capitalista está en el origen de la extensión de la pandemia y a continuación pasar a recomendar una mejor redistribución de las cargas y costos de la enfermedad, una planificación más rigurosa y una regulación mayor para la contención y mitigación de futuras pandemias. Pareciera como si, al constatar el grado de interrelación dialéctica entre el modo de producción industrial, la sociedad global capitalista y los ecosistemas, a la hora de abordar esta complejidad y señalar las grietas que se abren para una transformación radical de la sociedad, la imaginación social permaneciese atrapada en los márgenes espacio-temporales definidos por el propio capitalismo.

Aquí la división del trabajo intelectual y científico, y su creciente desconexión de las necesidades sociales, juegan un papel fundamental. Es un problema histórico que hunde sus raíces en la centralización del poder en torno a los Estados-nación y en la sumisión del conocimiento a su aplicación a la reproducción del capital, y que la propia pandemia agudizó.

Si se acepta que la pandemia fue fruto de una ecología-mundo, que las relaciones sociales capitalistas se expresan a través de la naturaleza y la naturaleza se expresa a través de las relaciones capitalistas, ¿no sería adecuado concluir que el modo de producción (y apropiación) industrial *es* la pandemia sobre la que deberíamos concentrar nuestra atención a largo plazo?

Se puede estar de acuerdo con Santos (2021) cuando afirmaba: “La cuarentena causada por la pandemia es, después de todo, una cuarentena dentro de otra”, señalando que la cuarentena sanitaria formaba parte de una cuarentena neoliberal. Pero para transformar radicalmente las relaciones sociales y salir de esas cuarentenas haría falta algo más que “imaginar el planeta como nuestro hogar común y a la naturaleza como nuestra madre original a quien le debemos amor y respeto” (p. 101).

Como he tratado de mostrar, la idea de un ecumenismo frente a la crisis socioecológica propiciada por el capitalismo o por la acción humana muchas veces forma parte del problema. Abordar las transformaciones necesarias en el metabolismo del desarrollo capitalista y en la cultura material del industrialismo desde el ámbito de la “modernización ecológica” o de la “ética medioambiental” plantea serios problemas epistemológicos y callejones sin salida en la práctica política.

La idea de un *Green New Deal*, que en nuestro país ha sido defendida, entre otros, por Santiago y Tejero (2019), entraría de lleno en esa defensa de la modernización ecológica del capitalismo que Almazán (2019) ha descrito como un “utopismo selectivo”, y que recae en una separación de sociedad y naturaleza, o sistema económico y ecosistema, que impide una comprensión dialéctica de la formación social capitalista como explotación de la trama de la vida en su conjunto.

Siguiendo el argumento de Hornborg (2009), sería necesario, pues, cuestionar los cinco pilares sobre los que se sostiene la idea de una modernización ecológica de la sociedad global capitalista:

- 1) La división de la perspectiva científica en ámbitos separados en torno a conceptos como “tecnología”, “economía” y “ecología”.
- 2) La presunción de que el funcionamiento de precios de los mercados es equivalente a la reciprocidad.
- 3) El fetichismo de la máquina, que viene a sostener que la capacidad tecnológica de una población dada es independiente de la posición de dicha población dentro de un sistema de flujo global de recursos.
- 4) La representación de las desigualdades en el espacio como fases del desarrollo histórico.
- 5) La idea de que un “desarrollo sostenible” puede conseguirse a través del consenso (p. 256).

Como se ve, este cuestionamiento apunta al modo de producción industrial en su totalidad, y no a las distintas regulaciones que pugnan en un imaginario político circunscrito al mejoramiento de la sociedad global capitalista mediante una redistribución de los beneficios y los costos socioecológicos dentro de un sistema de suma cero.

3. Una pandemia política

La gestión política de la pandemia dejó claro que no hay aspecto de la realidad que no sea producto de las condiciones de mercado y del desarrollo de la producción en masa, y que nada escapa a la regulación tecnocrática y represiva cuando es el Estado quien debe garantizar las condiciones de vida bajo el *dictum* de la acumulación de capital. No solo la definición de qué es o no es una pandemia, sino la definición de lo que significa vivir y morir, aquello que es esencial y aquello que es prescindible en nuestra existencia social, quien es peligroso y quien es vulnerable se definió en términos políticos con el objetivo de proteger principalmente el proceso de acumulación de capital.

Malm (2020b) ha señalado cómo el giro político hacia la excepcionalidad, el confinamiento obligatorio y la suspensión de libertades en los países más desarrollados industrialmente se dio en el momento en que se comenzó a constatar que la COVID-19 había dado la vuelta al habitual esquema del intercambio ecológico desigual:

Los países que aparecían más afectados por la pandemia en marzo de 2020 eran, entre otros, los mismos países —con Estados Unidos a la cabeza— culpables de buena parte de la emergencia climática [...]. Ricos y pobres ocupan extremos opuestos en la cronología de las víctimas de coronavirus y el cambio climático (p. 32).

Esta inversión de la situación explicaría, en parte, la decisión de paralizar la economía de los países más ricos de forma abrupta, cuando ante otras emergencias climáticas, sanitarias y sociales, cuyos efectos se concentraban principalmente en las poblaciones más pobres del planeta, la respuesta se ha orientado hacia el refuerzo de la lógica de la acumulación de capital y la aplicación de las recetas neoliberales de ajuste estructural.

Bringel (2020), analizando la geopolítica de la pandemia, señalaba que “no llega en cualquier espacio-tiempo. Lo hace un momento histórico de agotamiento de los recursos naturales y de emergencia climática y medioambiental. También de retrocesos democráticos y de derechos y de desconfianza y rechazo hacia los sistemas políticos” (p. 175).

En este sentido, la respuesta política a la pandemia, que aparentemente paralizaba el proceso de acumulación reforzando el papel de los Estados en su defensa de la salud, se mostró como una variante más de la práctica de socialización de los costos y privatización de los beneficios implementada en otras crisis —como durante la crisis financiera de 2008 y el rescate público de la banca privada—.

Tanto los beneficios derivados de la gestión sanitaria de la enfermedad, fundamentalmente a través de contratos con grandes empresas farmacéuticas para la creación de vacunas, como aquellos derivados de la digitalización de la vida social y de la posterior “reconstrucción” del tejido económico sobre la base de la concentración del poder económico y político se sustentaron en la generalización de unas medidas excepcionales de privación de derechos y libertades que afectaron en mayor medida a la población de menos recursos y que, como señalábamos arriba, ya se encontraban inmersas en un franco retroceso respecto a sus derechos y su capacidad de participación económica y política.

Los gobiernos de las economías occidentales basaron sus respuestas políticas en unas nociones de riesgo y normalidad derivadas de un “imaginario geopolítico colonial” (Bringel, *ib.*, p. 175) y en sintonía con la teología política neoliberal, centrando su discurso en la responsabilidad individual frente al contagio y en una idea de la salud profundamente individualista, fisiológica y paliativa (frente a otras concepciones más centradas en lo comunitario y lo preventivo). De este modo, los costes derivados del cierre de filas en la defensa de la sociedad global capitalista frente a la pandemia recayeron, como en otras ocasiones, sobre aquellos que menos interés tendrían en mantenerla intacta.

Para propiciar este cierre de filas se desplegaron dos narrativas políticas predominantes sobre la pandemia: la del combate contra el “enemigo invisible” y la de la “imprevisibilidad” de la situación forzada por la aparición de un virus desconocido. Ambas tendían a justificar la toma de medidas excepcionales por parte de los Estados que, al mismo tiempo que pretendieron controlar la extensión del contagio con un minucioso cálculo de costos (la restricción selectiva de según qué tipo de interacciones sociales expresó las relaciones de dominación de forma transparente), trataron de sofocar cualquier crítica a su gestión mediante el control social y la profundización de su deriva autoritaria. El peligro de alzar esta especie de “Leviatán sanitario transitorio” (Svampa, 2020), es que algunos de sus rasgos se han convertido en permanentes.

Lohmeyer y Taylor (2020) abordaron el análisis de cómo la retórica belicista, que celebraba a los héroes y los caídos en la primera línea de fuego de la lucha contra la pandemia, cumplía la función primordial de enmascarar la violencia intrínseca al desarrollo del neoliberalismo y el desigual impacto social tanto de la COVID-19 como de las medidas destinadas a contener el contagio.

La capacidad de penetración de estos mensajes en una población sometida al encierro obligatorio durante meses, pero conectada veinticuatro horas a la producción de noticias, debates y declaraciones institucionales sobre los avances de la “guerra contra el virus”, fue mucho mayor debido a las posibilidades que ofrecían las plataformas digitales. Como señaló con acierto Carrión (2020), vivimos en una sociedad en la que llegó antes la serie de Netflix sobre la pandemia que la vacuna.

La celebración diaria de esta guerra, en la que los héroes y los caídos nos recordaban los sacrificios necesarios para “volver a la normalidad”, gozó de un consenso prácticamente unánime por parte de los medios de masas. Se trataba, según los autores, de una respuesta ideológica, una “reparación cultural”, ante la violencia intrínseca del neoliberalismo que la pandemia puso en evidencia: “Un aspecto de este trabajo de reparación ha sido desviar la atención de las desigualdades estructurales hacia los trabajadores individuales de la primera línea del frente contra la pandemia” (Lohmeyer y Taylor, 2020, p. 11).

Pero si se trataba de una guerra, no era una guerra convencional. ¿Hacia qué combate se dirigía esa movilización bélica? Días y Deluchey (2020) señalaron que la retórica militar se encaminaba fundamentalmente hacia una guerra permanente de carácter civil que pretendía conseguir “la obediencia y la servidumbre voluntaria” (p. 3). Una de las características de la respuesta política a la pandemia habría sido, según los autores, “la

espectacular movilización de una retórica salvacionista y securitaria que promueve un estado generalizado de inseguridad y miedo constante” (p. 4).

En este sentido, la “guerra contra el virus” sería un avatar más de las múltiples guerras que el capitalismo lleva librando prácticamente desde sus inicios —la lucha contra la pobreza o las “clases peligrosas”, contra el cambio climático, contra el terrorismo internacional, etc.—, una movilización permanente para la defensa de la acumulación capitalista que vive en constante enfrentamiento con las consecuencias de su propio progreso.

El otro relato político sobre la pandemia se articulaba en torno a la imprevisibilidad de la situación generada por la extensión de la enfermedad y la imposibilidad de discutir las decisiones políticas frente a las tareas urgentes que imponía la emergencia sanitaria. Dado que “nadie estaba preparado para esto”, la discusión sobre las desigualdades y violencias estructurales del neoliberalismo que la pandemia mostraba debía quedar aplazada. Sin embargo, Davis (2020) mostró cómo las decisiones políticas en lo referente a la prevención y la investigación sobre la familia de los coronavirus, en los últimos quince años, había transitado la senda de la desinversión y los recortes, como muchas otras áreas de la investigación y la atención médica. Se siguió la misma lógica que, frente a las advertencias sobre el cambio climático, la degradación ecológica y el cuello de botella de la escasez energética, llevó a profundizar y acelerar las políticas de privatización y el fomento de una desigualdad global que incentivase la acumulación de capital.

Malm (2020 b) también ha señalado, en este sentido, cómo la lógica del “capital fósil” siguió en su huida hacia delante en la creencia de que a cada nueva crisis le seguiría un relanzamiento del proceso de modernización ecológica que permitiría continuar con el *business as usual*. En este sentido, es posible señalar que la respuesta ante la pandemia fue una respuesta de clase.

El proceso de acumulación de capital no se detuvo totalmente durante la pandemia y el confinamiento global, sino que continuó por otros medios; los Estados jugaron un papel de arbitraje entre la continuidad de los negocios y el nivel de control social aceptable para contener el posible descontento social con la gestión neoliberal de la crisis sistémica del capitalismo.

Es una dinámica que no se inauguró con la pandemia. La supresión de derechos y libertades viene siendo la forma habitual de enfrentar las periódicas crisis en las que la sociedad industrial recae inevitablemente por sus contradicciones intrínsecas. Y sucede porque esos derechos y libertades cumplen el papel de ficciones necesarias y aspiraciones perpetuas para la mayoría, que se mantienen mientras el ciclo de la ganancia y el crecimiento de la producción no se ven interrumpidos. Cuando la crisis sistémica se manifiesta, entonces las medidas de excepción se convierten en norma, y la administración eficiente de la llamada gobernanza pasa por una restricción abrupta del alcance de aquellas ficciones legales que, en “tiempos de paz”, mal que bien, funcionan al menos para la parte mejor integrada en la sociedad global capitalista.

El recurso al estado de alarma, que se esgrimió como única solución técnico-jurídica, mostró claramente que la pandemia fue determinada políticamente de forma consecuente con el ideario neoliberal.

La misma idea de que el desarrollo económico debía ir acompañado de una extensión de las libertades políticas y la ampliación de las democracias liberales se había abandonado por ser totalmente inoperante bajo las condiciones del nuevo modelo surgido a partir de los años ochenta del siglo pasado (Streeck, 2017). El crecimiento económico no necesitaba hacer ascender los niveles de vida de la mayor parte de la humanidad, ni mejorar las condiciones de vida de los más necesitados, ni orientar sus esfuerzos a conseguir un mayor consenso respecto a su gestión política. Lo que necesitaba era encontrar, urgentemente, nuevos escenarios para crear negocios rentables, experimentar crecimientos abruptos que pusiesen grandes masas de capital en circulación, evitar a toda costa la recesión, y mantener a raya cierto nivel de confrontación social producido por el aumento de una masa de población excedente que en poco, o en nada, podía contribuir a la creación de nueva riqueza definida en términos capitalistas (Harvey, 2007; Arrighi, 2014).

Los ciclos de movilización social, desde las manifestaciones contra la OMC en Seattle y el movimiento por la justicia global en los años noventa, hasta las acampadas en las plazas y la *indignación* de la primera década del siglo XXI, fueron reprimidos e integrados progresivamente. Tan efectivas como las medidas de fuerza (recordemos Génova, Buenos Aires o Barcelona), fueron las medidas tendentes a reincorporar algunas regiones al ciclo de la acumulación. El llamado *boom* inmobiliario en España —de la mano de las reformas legislativas sobre el uso del suelo y la desregulación del mercado laboral—, el acceso a los Fondos de Cohesión Europea y la política de intereses bajos para los créditos hipotecarios, junto a una política antiterrorista que ha endurecido el código penal como forma de contención del malestar social, son ejemplos inmejorables.

La gestión política de la pandemia no se puede comprender desligada de este marco histórico. Pensar la situación en términos estrictamente sanitarios es una forma de enmascarar la violencia intrínseca de las relaciones sociales capitalistas. Aunque admitiésemos que la extensión de la pandemia fue un hecho fortuito (algo que, como se ha argumentado en los anteriores apartados, es difícilmente sostenible), aún habría que explicar por qué se eligieron para combatirla unos medios políticos y no otros; qué es lo que realmente se estaba tratando de proteger con todas las medidas que socializaron el coste de mantener una organización social en beneficio de unos cuantos intereses privados.

Los decretos de estados de excepción encubiertos, el confinamiento obligatorio y la distancia social obligatoria siguieron algunas de las tendencias más arraigadas en las llamadas políticas de “tolerancia cero”, y

reforzaron la idea de un “enemigo interno” cuyo combate facultaría cualquier tipo de actuación. Para el Estado, el enemigo más temible es la desobediencia de la población a la que pretende administrar. Para el capitalismo, el mismo crecimiento económico se ha convertido en un obstáculo insalvable para el crecimiento futuro, por lo que una repentina y brutal destrucción de parte de la sociedad —una guerra llevada a cabo por otros medios— puede ser tentadora para algunos intereses que ya anticipan los beneficios derivados de la reconstrucción. En este sentido, la estrategia ultraliberal y “necrocapitalista” de países como Estados Unidos, Gran Bretaña y Brasil incidió desde la derecha en el cisma que ya se estaba produciendo en la ortodoxia neoliberal. Frente a la opción de la eugenesia mediante el “dejar hacer” a la pandemia, propuesta por Trump, Jhonson y Bolsonaro (que pagaron el precio político de su posición en las urnas y puede que en los tribunales), pareció que ese “Leviatán sanitario transitorio”, que miraba de reojo hacia el modelo chino, era la opción menos mala. Pero entonces cabría preguntarse qué tipo de sociedad es aquella que nos aboca a semejantes elecciones entre lo malo y lo detestable.

4. Nueva normalidad neoliberal

Pese a las evidentes continuidades en las formas de socialización de los costos y del endurecimiento del control social para la mayoría, la pandemia hizo surgir la idea, al menos en algunos ámbitos críticos de la academia, de que nos encontramos ante el principio del fin del capitalismo. No solo el inclito Žižek (2020), o Malm (2020b) con su propuesta de un leninismo de guerra ecológico, hicieron hincapié en la oportunidad que puede abrir esta crisis para el cuestionamiento del capitalismo tal cual lo conocemos. También las propuestas de una transición democrática hacia una gestión postneoliberal, que cuente con las expresiones comunitarias de solidaridad y apoyo surgidas durante la crisis sanitaria, con el “redescubrimiento” de la capacidad de intervención estatal en la economía y con la “irreductible sociabilidad de la especie humana” (Saad-Filho, 2020, p. 482), señalaron la hora del paso de la gestión de la crisis sanitaria a un futuro más allá del neoliberalismo.

Propuestas como las de Büscher *et al.* (2020) centraron su atención en una transición no hacia un “nuevo modelo” universal de desarrollo, sino hacia la exploración de “pluriversos” y alternativas al desarrollo capitalista. Estas alternativas plurales se articularían en torno a cinco pilares básicos para un futuro postneoliberal: romper con el marco del crecimiento económico como modelo único de desarrollo, orientar los esfuerzos hacia los cuidados y la redistribución, desarrollar formas de agricultura regenerativas que sitúen la justicia socioecológica en su centro, invertir la idea de la “lucha contra la pobreza” mediante el cuestionamiento de la riqueza y el consumo suntuario (incluidos muchos desplazamientos y viajes) como parte fundamental del problema, y explorar la vía de la cancelación de deudas para determinados grupos sociales sobre los que estas ejercen una presión que los hace más vulnerables ante cualquier crisis.

Sin embargo, no solo se trata de salir del neoliberalismo como forma de regulación o como una determinada cultura política, sino que son los aspectos materiales del proceso de acumulación de capital los que promueven la crisis sistémica de la que la pandemia fue una manifestación particular. Y las tendencias en la gestión política observadas no hacen prever un cuestionamiento de la propiedad privada, del dinero, del uso de la amenaza de la fuerza y de la capacidad de la lógica del mercado para sortear cualquier crisis e incluso extraer beneficios de ella. Si el papel de los Estados se vio reforzado fue fundamentalmente en su vertiente de control y represión, siguiendo una tendencia, como hemos visto, inaugurada mucho antes de la extensión de la pandemia.

El neoliberalismo nunca ha pretendido hacer desaparecer el Estado, sino orientar su intervención como un arma de clase en beneficio de los grupos económicos más poderosos. Aunque algunas voces señalaron que la pandemia podía cambiar esta situación y devolver el Estado a la vía de la redistribución —revertir la tendencia histórica que llevaba del “Estado providencia” al “Estado penitencia” (Waquant, 2000)—, tras el tiempo transcurrido desde el final de la pandemia no parece que ese sea el escenario. Desde la perspectiva de la ecología-mundo capitalista y las contradicciones intrínsecas al modo de producción (y apropiación) industrial, no parece que las lecciones aprendidas durante la emergencia sanitaria hayan generado grandes cambios a largo plazo en la geografía del desarrollo desigual. Más bien al contrario, asistimos a una profundización de las lógicas extractivistas, al aumento de las desigualdades sociales y a la extensión de la guerra que, con la invasión de Ucrania por parte de Rusia, ha vuelto a situarnos frente a la amenaza nuclear (Taibo, 2022).

Es el propio modo de producción industrial el que acumula contradicciones seculares que, en la lógica señalada por Engels, solo puede tratar de ocultar o cambiar de lugar. Cualquier desplazamiento espacio-temporal de la crisis sistémica viene acompañado, inevitablemente, por el uso de la fuerza. En eso consistieron las políticas de ajuste estructural aplicadas a sangre y fuego por organismos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial a los países llamados en vías de desarrollo y su extensión paulatina, tras la crisis financiera de 2008, mediante las llamadas políticas de austeridad. Como sostuvo Marx, entre dos derechos enfrentados es la fuerza la que decide y, entre la justicia socioecológica y el derecho a la acumulación de capital, la fuerza legislada y aplicada por los Estados está del lado de la acumulación.

Así lo hemos visto con una gestión política de la pandemia que, al tiempo que llamaba a la movilización contra un “enemigo invisible”, sacaba cuerpos de seguridad y militares a las calles, imponía toques de queda, decretaba el distanciamiento social y aceleraba la digitalización forzosa de las relaciones sociales con el objetivo de evitar el colapso de unos servicios sanitarios que sus mismas políticas de austeridad habían ido desmantelando durante las últimas décadas.

Hemos pasado de lo que Beck (2006) llamó una “sociedad del riesgo” hacia lo que se vislumbra ya como una sociedad de la emergencia permanente y el estado de excepción convertido en nueva normalidad neoliberal. La contestación social y las movilizaciones fueron reducidas por las restricciones respecto a la libertad de reunión y manifestación. Mientras, los medios de comunicación de masas, cerrando filas en torno al término “negacionismo”, estigmatizaron cualquier crítica que señalase las desigualdades estructurales y alentaron la retórica bélica de la “lucha contra el virus” y el recuento de las víctimas en una campaña de inoculación del miedo sin precedentes.

En la medida en que la gestión de la nueva normalidad neoliberal vaya perfeccionando sus formas de control y monitorización de la población, se tenderá a normalizar el estado de excepción. El tránsito hacia formas de justicia socioecológica podrá tomar entonces la forma de diferentes modelos autoritarios que, en base a las distintas emergencias surgidas de la crisis sistémica, llevarán la aplicación de las políticas neoliberales hasta sus últimas consecuencias. Será, en definitiva, la culminación de un proyecto de dominación de clase con casi dos siglos de antigüedad y de una ecología-mundo iniciada hace cinco siglos por el primer capitalismo mercantil.

5. Conclusiones

La pandemia surgida por la extensión de la COVID-19 fue la expresión de una crisis sistémica de la acumulación de capital (Malm, 2020 b). Sus implicaciones exigen una mirada crítica que vaya más allá de la pasada emergencia sanitaria y las conciba como parte de la culminación de la ecología-mundo capitalista. La explotación de los ecosistemas, humanos y no humanos, ha llevado a desequilibrios seculares que el modo de producción industrial solo ha podido ir salvando mediante la profundización de su lógica de explotación y apropiación sobre cada vez más aspectos de la vida (Moore, 2020; Hornborg, 2009; Naredo, 2010).

Es, por tanto, esa lógica aquello que debe ser analizado y el marco de referencia para poder comprender las derivaciones políticas y sociales de la pandemia a largo plazo.

La gestión política por parte de los Estados se ha enmarcado en la lógica neoliberal, librando las posibles soluciones paliativas a la dinámica de los mercados y socializando los costes de la pandemia para mantener y relanzar el proceso de acumulación de capital por otros medios. A través de las medidas represivas, los discursos belicistas sobre “la guerra contra el virus” y el fomento de la digitalización forzosa de las relaciones sociales, ha ido tomando forma acabada el proyecto de dominación de clase del capitalismo. En este sentido, el argumento que señala que la pandemia pudo servir para profundizar nuestra comprensión teórica de la sociedad como una realidad compleja y encauzar la toma de decisiones políticas hacia un pensamiento sistémico (Innenarity, 2022) no puede perder de vista que, dada una determinada distribución desigual del poder social y una concreta geografía política de la acumulación de capital, la acción política se concentrará cada vez en instancias más alejadas de la mayoría de la población. De hecho, las advertencias de autores como Streeck (2014), Harvey (2007) o el propio Wallerstein (2004), pero también las de Laval y Dardot (2013) y Villacañas (2020), apuntaban en este sentido tiempo antes de la pandemia. La teología política neoliberal es más que una forma de ajuste económico, es una “nueva razón del mundo” y una forma de entender la sociedad como agregado de individuos económicos que profundiza una quiebra de los lazos comunitarios de largo recorrido histórico.

La comprensión (y contestación) de esa “nueva razón del mundo” debe ir más allá del marco espacio-temporal del capitalismo y de sus diferentes modos de regulación.

Hasta ahora, las ciencias sociales han dejado de lado el estudio de las consecuencias de la pandemia como forma de gestión política en varios aspectos cruciales:

- a) la profundización de la razón o teología política neoliberal, por la que la fragmentación de las relaciones sociales, el aumento de la pobreza y la desigualdad se atribuyen a “causas externas” a la propia dinámica de acumulación de capital.
- b) la aceptación por parte de una mayoría social de regímenes políticos basados en la emergencia y en la gestión de diferentes crisis, y la consolidación de una idea de “democracia condicional”.
- c) la consideración de la pandemia como parte de la culminación de una ecología-mundo, que supone el agotamiento de una formación social histórica y, por tanto, una consecuencia más de la organización social capitalista.

La creación de relaciones basadas en la justicia socioecológica no puede surgir del ámbito de la redistribución o de la regulación burocrática de un mismo modo de producción en declive. Exige tanto una ruptura

con el marco de interpretación neoliberal —que, en el contexto de la pandemia, volvió a proclamar que “no hay alternativa”—, como el abandono de procesos de explotación material de los ecosistemas humanos y no humanos sustentados en dinámicas violentas y abocadas al ecocidio.

6. Bibliografía

- Agamben, G. (2010): *Estado de excepción. Homo sacer II, 1*. Valencia, Pre-Textos.
- Almazán, A. (2019): “Green New Deal: Utopismo selectivo e ingenuidad ante las TIC’s”, *CTXT*, 4 diciembre. Disponible en: <https://ctxt.es/es/20191204/Firmas/29872/Adrian-Almazan-Gomez-Green-New-Deal-TIC-cambio-climatico-Mas-Pais-PSOE-Unidas-Podemos.htm> [Consulta: 13 de octubre de 2023]
- Arias, M. (2018): *Antropoceno. La política en la era humana*, Madrid, Taurus.
- Arrighi, G. (2014): *El largo siglo XX*, Madrid, Akal.
- Barouki, R. et al. (2021): “The COVID-19 pandemic and global environmental change: Emerging research needs”, *Environment International*, 146, p. 106272.
doi: <https://doi.org/10.1016/j.envint.2020.106272>
- Beck, U. (2006): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.
- Bedford, J. et al. (2019): “A new twenty-first century science for effective epidemic response”, *Nature*, 575 (7781), pp. 130-136.
- Bringel, B. (2020): “Geopolítica de la pandemia, escalas de la crisis y escenarios en disputa”, *Geopolítica(s)*, 11 (1), pp. 173-187.
- Büscher, B. et al. (2021): “Planning for a world beyond COVID-19: Five pillars for post-neoliberal development”, *World Development*, 140, p. 105357.
- Carrión, J. (2020): *Lo viral*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Connolly, C., S.H. Ali y R. Keil (2020): “On the relationships between COVID-19 and extended urbanization”, *Dialogues in Human Geography*, 10 (2), pp. 213-216.
- Davis, M. (2007): *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Foca.
- Davis, M. (2020): *Llega el monstruo. COVID-19, gripe aviar y las plagas del capitalismo*, Madrid, Capitán Swing.
- Dias, B. y J. F. Deluchey (2020): “The ‘Total Continuous War’ and the COVID-19 Pandemic: Neoliberal Governmentality, Disposable Bodies and Protected Lives”, *Law, Culture and the Humanities*, 0 (0), p. 1743872120973157.
doi: <https://doi.org/10.1177/1743872120973157>
- Graeber, D. (2018): *Trabajos de mierda. Una teoría*, Barcelona, Ariel.
- Harvey, D. (2004): *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal.
- Harvey, D. (2007): *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal.
- Harvey, D. (2018): *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Hornborg, A. (2009): “Zero-Sum World. Challenges in Conceptualizing Environmental Load Displacement and Ecologically Unequal Exchange in the World System”, *International Journal of Comparative Sociology*, 50 (3-4), pp. 237-262.
- Innenarity, D. (2022): *Pandemocracia: Una filosofía de la crisis del coronavirus*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Keil, R. (2020): “The limits of global urbanization and the challenges to planning”, *disp — The Planning Review*, 56 (1), pp. 4-7.
- Laval, C. y P. Dardot (2013): *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa.
- Lohmeyer, B. y N. Taylor (2020): “War, Heroes and Sacrifice: Masking Neoliberal Violence During the COVID-19 Pandemic”, *Critical Sociology*, 47 (4-5), pp. 625-639.
- Malm, A. (2020a): *Capital fósil. El auge del vapor y las raíces del calentamiento global*, Madrid, Capitán Swing.
- Malm, A. (2020b): *El murciélago y el capital. Coronavirus, cambio climático y guerra social*, Madrid, Errata Naturae.
- Moore, J. W. (2020): *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Naredo, J. M. (2010): *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid, Siglo XXI.
- Polanyi, K. (2011): *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Quammen, D. (2020): *Contagio. La evolución de las epidemias*, Barcelona, Debate.
- Saad-Filho, A. (2020): “From COVID-19 to the End of Neoliberalism”, *Critical Sociology*, 46 (4-5), pp. 477-485.
- Santos, B. S. (2021): “Lecciones iniciales de la pandemia de COVID-19”, *Revista de Economía Institucional*, 23 (44), pp. 81-101.
- Sassen, S. (2015). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires, Katz.
- Smiley Evans, T. et al. (2021): “Beyond COVID-19: Conserving nature to prevent the next pandemic”, *Parks Stewardship Forum*, 37 (1), pp. 69-80.
- Smith, N. (2020): *Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la producción del espacio*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Streeck, W. (2017): *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Svampa, M. (2020): “Reflexiones para un mundo post-coronavirus”, *Revista Nueva Sociedad*, abril. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/reflexiones-para-un-mundo-post-coronavirus/> [Consulta: 13 de octubre de 2023]
- Taibo, C. (2022): *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía*, Madrid, Catarata.
- Tejero, H. y E. Santiago (2019): *¿Qué hacer en caso de incendio? Manifiesto por el Green New Deal*, Madrid, Capitán Swing.
- Vela, C. (2018): *Capitalismo terminal. Anotaciones a la sociedad implosiva*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Villacañas, J. L. (2020): *Neoliberalismo como teología política*, Madrid, Ned.
- Wallerstein, I. (2004): *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*, Madrid, Akal.
- Waquant, L. (2000) : *Las cárceles de la miseria*, Buenos Aires, Manantial.
- Wolf, E. R. (2014): *Europa y la gente sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Wood, E. M. (2018): *La pristina cultura del capitalismo*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- Žižek, S. (2020): *Pandemia. La COVID-19 estremece el mundo*, Barcelona, Anagrama.